

Subscription table with columns: Año I, SUSCRIPCIÓN (Pago adelantado), ADMINISTRADOR: DON MARIANO DUEÑAS GÓMEZ, PRECIOS DE LOS ANUNCIOS, and Núm. 7. Includes date: Martes 4 de Noviembre de 1890.

MEMORIAS DE UN EMPRESARIO

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Al lector.

No sé a punto fijo cuando fue: quizás hará de esto cinco años. Estábamos en el campo, a la sombra de unos chopos, tendidos sobre la hierba...

PRINCIPIAN LAS MEMORIAS

Capítulo primero.

Como se decidió mi suerte en una farmacia. El primer número de La Correspondencia de España. Mis ideas de ser boticario. Como y tertulia. Por qué me aficioné a la política y al teatro. Impresiones revolucionarias. El manifiesto de Prim. Como lo tiraron a puestas y ventanas abiertas. La imprenta oficial de la revolución. Me nombraron jefe de la claque del teatro Real. Querían prenderme en el paraiso. Alboroto. Me llevan a hablar con la reina. La escena en el antepalco regio.

combates en las calles, victorias y entorchados para los militares y carteras y triunfos parlamentarios para los paisanos. La tertulia de la farmacia me llenó la cabeza de viento. Unas veces me veía yo en imaginación cantando El Trovador, con una pluma negra muy grande en el caso, y otras me figuraba haciendo fuego con un trabuco detrás de una barricada y no dejando en pie a bicho viviente. Mi ideal de ser boticario se fué debilitando poco a poco ante el brillo del teatro y de la política; y estando yo entonces en la edad en que se forma el carácter, las impresiones que recibí en la farmacia de Chiarlone decidieron mi carrera, y juntamente con los acontecimientos me hicieron político primero y empresario más tarde, cuando me cansé de la política. Después de todo el teatro y la política se llevan poca diferencia. Mi padre, era un liberal acérrimo, íntimo de Sixto Cámara; buena parte de la tertulia de Chiarlone lo era también suya y además visitaban nuestra casa otros personajes del partido, como D. Telesforo Montejo Robledo, don Ricardo Muñoz, Aguado y Mora, el amigo de Espartaco D. Marcelino Luna y Moreno Benítez. Luego se desengañó de la política y los mayores disgustos se los he dado yo. Pero en fin, entónces era un liberal de los más fervientes, dispuesto a cualquier cosa para conseguir el triunfo de sus ideas. Llegó un momento en que los amigos del general Prim no encontraron quien les hiciera sus impresiones revolucionarias, y por lo tanto clandestinas, y recurrieron a mi padre. En nuestra casa se tiró el manifiesto de Prim, del cual se hicieron la friolera de 80.000 ejemplares. Las cuartillas eran de puño y letra de Carlos Rubio, que a la sazón se hallaba emigrado en Portugal. Por cierto que estuvimos trabajando toda la noche, y cuando amanecer salió la gente de un baile de máscaras del teatro Real, mucha se paraba delante de una ventana baja que tiene nuestra imprenta, y que da a la calle de los Caños, y se ponía a ver cómo trabajaban las máquinas. ¡Qué poco podían sospechar que aquella impresión que hacíamos a puertas y ventanas abiertas era una proclama revolucionaria que podía costarnos una condena de presidio, y que las hojas de papel que salían de la Marinoni iban a ser aríetes que derribase el trono de doña Isabel III. Yo hice mucho la propaganda de aquel manifiesto, repartiéndolo con profusión por todas partes, con peligro de mis huesos. Otras impresiones de documentos que dieron mucho ruido, se hicieron en mi casa, verdadera imprenta oficial de la revolución. Allí hacíamos los números del Boletín Revolucionario, del cual se publicaron doce números, y tenía una tirada de 12 y 14.000 ejemplares. Durante mis visitas a la farmacia de Chiarlone, había reparado en mi baguete, el empresario del Real, de quien he hablado antes, y sea le agradase mi desparpajo, o que observara mi afición a las cosas del teatro, es lo cierto que, habiendo vacado el cargo de jefe de la claque, me honró nombrándome para él. Una noche estaba yo muy tranquilo en el paraiso del teatro Real, dirigiendo mis huertes, cuando se presentó allí un inspector de policía diciendo que tenía orden de prenderme. A fuerza de seguir pisitas falsas, la policía había dado al fin con el autor de las impresiones clandestinas que traían mareado al Gobierno. Durante mucho tiempo vigiló y molestó a Gasset y a la imprenta de El Imparcial, y a una porción de gente más; sin sospechar que fuese el culpable un pobre cajista de la imprenta de Ducazal, es decir, yo, que era el que metía a mi padre en estos compromisos. No había, sin embargo, pruebas contra mí. Todo eran simples sospechas, y yo armé un alboroto. La gente del paraiso se arremolinó en torno del comisario y mio, tomando mi defensa, porque yo era popular. Mis subordinados de la claque acudieron en mi auxilio. En resumen, aquello tomaba mal carácter, y avisaron al empresario. Este lo era entonces D. Faustino Velasco. Velasco acudió al instante. Estaba de frac, porque la reina asistía aquella noche a la representación. Fué a verla, la pidió una audiencia y permiso para presentarme a ella, y lo obtuvo. Resultado: que me llevaron a hablar con Doña Isabel. —«Pero hombre! —me dijo la reina.—¿Por qué te prenden? Tienen algún motivo para sospechar de tí? Yo sé que tu padre es muy amigo de Corral.» Corral era el médico de cámara. Yo no me corté. Verdad es que no me he cortado nunca ni me he apurado más que cuando me silban una obra y los periodistas se empeñan en decirlo, sin acordarse de lo mucho que los quiero. La reina se inclinaba en favor mio, cuando a su esposo el rey D. Francisco de Asís, que también estaba en el antepalco, se le ocurrió decir para explicar el que yo me metiese a imprimir proclamas revolucionarias a pesar de ser un chiquillo: —«Le darán algo.» —«Yo no necesito que me den» —contesté con verdadero brío. —«Cuando haga algo es de balde, porque soy liberal.» A la reina debió gustarle mi independencia, porque contra el parecer de Marfori, de otros ministros que se hallaban presentes y de Be-

La protección bien entendida

Hemos dedicado un artículo a la cuestión arancelaria, para dar cuenta del proyecto de tarifas de Aduanas que ha presentado a las Cámaras el Gobierno francés, y hacer con ese motivo algunas indicaciones sobre la importancia del comercio franco-español, y el tratar de las cuestiones de Hacienda que se suscitan en la necesidad de examinar el problema arancelario que constituye una de aquellas cuestiones más importantes y de mayor actualidad. Para muchos, protección a la agricultura y a la industria, es lo mismo que subida de los derechos arancelarios, y lejos de ser así en absoluto, hay que distinguir las dos fases distintas que entraña el problema arancelario, a saber: los efectos que produce la elevación de la tarifa de Aduanas y la eficacia de esa medida para proteger o defender el trabajo nacional. Lo primero, hecho en términos generales podría servir para encañonar los artículos y restringir el consumo, sin que por ello se hiciera frente y remediar la competencia extranjera. Es decir, que podría llevar la miseria al consumidor sin evitar la ruina al productor. En esta lucha de intereses hay que tener en cuenta los opuestos que se agitan y hasta las condiciones distintas de las comarcas. Inglaterra dió al mundo sus leyes librecambistas para buscar mercados a su potente industria, que podía desafiar toda competencia, y para conseguir, si no que se abaratasen, al menos que se surtieran con más facilidad los hijos de la Gran Bretaña, cuya agricultura era menguada, y como tal se había sacrificado a los intereses más poderosos e importantes de la industria. Así y todo, no desatendió aquellos pocos productos que se obtenían en la Gran Bretaña, ni tampoco los intereses y conveniencias de su Tesoro. Los mismos Estados Unidos, en el reciente bill Mac Kinley, a pesar de su exagerado proteccionismo, que llega casi hasta la prohibición, han establecido ciertos derechos, como los azúcares inferiores, para favorecer a los consumidores; pero en cambio han investido al presidente de la República de una facultad discrecional, a fin de cerrar los puertos a los países que no les concedan ventajas equivalentes o mayores, con carácter exclusivo. En España sucede que Madrid, por ejemplo, en que por haber más consumo que producción, salvo en contadísimos ramos, le preocupa más la importación y la economía que las producciones, tiene influencia considerable la escuela librecambista, y es fácil conseguir adeptos, mientras el resto de las Castillas con sus trigos y Cataluña, Béjar y Alcoy con sus manufacturas, piden con razón también, que se les defienda de la competencia extranjera y se les deje que resulte remunerador su trabajo. En otros términos: los consumidores quieren baratura y los productores que no se imposibilite el trabajo. De ahí que sea necesario, indispensable, buscar una fórmula que venga a armonizar esos encontrados intereses, si el problema se ha de resolver equitativamente y de un modo sólido. Nada se conseguirá obteniendo que a expensas de la agricultura y de ciertas industrias manufactureras, el pan se abaratare y las telas también; si al matar aquella riqueza principal del país se labra su ruina y el jornalero carece de los medios para comprar barato. Porque no hay que dudar, la crisis de la producción lleva en sí el germen de la miseria para todas las demás industrias y manifestaciones del trabajo y de la actividad humana. Por otra parte: tampoco debe llevarse la defensa de los productores hasta el extremo de dejarles el monopolio de la subsistencia y el encarecimiento de la vida, ni menos, por supuesto, impedir que el mercado interior se surta y aprovisiona de cuanto necesita para cubrir el déficit de las cosechas o la insuficiencia de las industrias. Esto, en el orden interior, que en el exterior hay que atender a que, si queremos exportar, hay que permitir las importaciones, porque el comercio es la permeabilidad de las especies. El secreto está en que adquiramos lo que nos haga falta porque no se produzca, o sea en cantidad insuficiente, para dar salida a lo que nos sobre y otros necesitan. Pero las tarifas, por sí solas, no pueden ser niveladoras de precios, y con ellas no se obtendría en determinados casos más que el encarecimiento general de los artículos, no el bien estar del país. Para conseguir esto último y evitarlo lo primero; hay que pensar, dentro de un verdadero régimen protector, en abaratar la producción y el transporte, con el fin de que, con igual trabajo, el propietario y el fabricante puedan vender más barato, sin temer la competencia extranjera, y el consumidor, sin perder sus ocupaciones habituales; se surta con más economía. Ese resultado armónico es la prosperidad de los países. Para conseguirlo en el nuestro hace falta que se estudien los aranceles de modo que, en relación con las exigencias de las demás naciones, podamos seguir desarrollando la exportación; sin incurrir en éstas con sus productos ni hacer una competencia ruinosa, pero que a la vez se procure disminuir los excesivos gastos de nuestra producción por medio de la rebaja en las gabelas, la facilidad y burla en las comunicaciones y la aplicación de los adelantos de la ciencia y la economía. El cultivo, como la fabricación, progresa; el abono, el riego, la maquinaria y la asociación para las labores son tan indispensables en la agricultura, como los últimos adelantos en la industria y las combinaciones financieras en el comercio. Con la rutina, el abandono y el individualismo no es posible caminar por el sendero de la civilización. Ayudemos a sí mismos los productores, y tendrán el auxilio del capital y del Estado que les conduzca al desarrollo de la riqueza y al bienestar del país. Resumiendo, diremos que la protección bien entendida no está en elevar los aranceles como otra muralla china, sino en impedir con ellos que parezca la producción mientras se pone la misma en estado floreciente, aplicando medidas de gobierno, combinaciones de capital, enseñanzas de la ciencia y principios económicos,

De todas partes.

Como el sumario instruido con motivo del incendio de la Alhambra, queda hasta ahora ninguna luz, la imaginación popular se ha echado a soñar, y ha aquí en qué términos da cuenta de sus imaginaciones D. Francisco de Paula Valladar, en un libro precioso que acaba de publicar en Granada. «El pueblo, el poeta creador de nuestro admirable romancero, tradujo quizá pronto en versos apasionados y exuberantes de colorido el poema fantástico del incendio de la Alhambra. Como principales personajes aparecerán esos dos moros, que venían a vengar en su lloreda Alhambra los bríos recientes sucesos de Melilla; como si la Alhambra tuviese algo que ver en todo eso! «¿Quiénes son esos dos fantasmas que llegan a Granada misteriosamente, logran quedarse en el alcázar, y con el conocimiento especializado y detenido que el caso requiere, ponen fuego a la galería, que puede, como ninguna otra, comunicar el incendio a toda la maravillosa edificación? ¿Dónde están esos moros? ¿Dónde han habitado y cómo nadie los ha visto...? La fantasía popular de noche pronto esa creación, y de los últimos rayos que desaparecen de esos dos moros de blanco alquicel y cara triste y meditabunda, surge otro personaje aún más extraño, un extranjero, de nacionalidad no bien determinada, que por emulaciones y envidias viene a destruir la Alhambra, encanto de todas las naciones... «¿Quédale al pueblo, espacio suficiente para ir enriqueciendo con sus originales concepciones de leyendas la historia del incendio del alcázar árabe, recordando el memorable grito de «Santiago, cierra España!» y que allá por los tiempos de la guerra de Africa, el ilustre marqués de Molins dió en un precioso romance, describiendo los deseos de los africanos: «De allí, el tapaz agremio su vista seducida clava en los fecundos raudales que nacen de la Alpujarra; de allí desvolatado suelta los carmenes de Granada, el oro de las Iglesias, el rostro de las cristianas.» En nuestro artículo de ayer Una revolución en el teatro, hablabamos del realismo en escena y de la culebra viva que saca la Sarah Bernhardt a las tablas en el último acto de Cleopatra. Con este motivo se recordará que la primera vez que se sacó una culebra en el teatro, fue en otra Cleopatra, la de Marmontel. Pero no era de carne, sino mecánica, y la construyó el famosísimo Vaucanson para la Clairon, que describe hacer con mucho realismo la escena de la picadura de aspíd. ¿Qué diferencia de entonces a nuestro tiempo! En el Monte de Piedad de París hay un paraguas que es un misterio. Lo empujó en 1801 un señor viejo que desde entonces ha venido pagando los intereses y renovando el empeño todos los años con escrupulosidad religiosa. Noticioso de hecho tan raro, un escéntrico, de los muchos que hay en una ciudad tan grande como París, macizó un día recado al dueño del paraguas, ofreciendo desempeñárselo. El viejo rechazó indignado el ofrecimiento, y continuó pagando intereses. El empujador del Brasil distrae con la literatura sus ojos de monarca destronado. En la última sesión de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes de París se ha dado lectura a un opusculo muy hecho con sentencias hebraicas, árabes, sanscritas y persas sobre la cultura intelectual. Las cosas se van poniendo feas para Stanley. Después de las denuncias gravísimas de que ha sido objeto por parte del hermano de Bartelot, el segundo de Stanley, que murió acorralado en el centro de Africa, sale ahora el capitán Troup, otro de los tenientes de Stanley, acusado a éste de ser el culpable de la muerte de Bartelot y de centenares de personas más. Troup dice que, cuando de Bartelot, abandonó Stanley a la retaguardia que mandaba su rival, y con pretexto de que lo principal eran las municiones, la dejó materialmente sin viveres y sin medicina. A esto se debió el fracaso de la retaguardia y la muerte de Bartelot, pues según Troup, hambrientos y falta de medicinas 100 hombres, y los motines de los negros propios y los ataques de los enemigos, eran diarios. A la retaguardia de la expedición no le dejó Stanley más que arroz y judías podridas, galleta agusanada y un poco de pescado seco, todo ello en cantidad que apenas bastaba para dar cuartos de ración. Troup, terminando sus revelaciones contando que el mismo estuvo enfermo de gravedad una porción de semanas, y que en el certificado que le dió el médico y que obra en su poder, consta que no había medicamentos en la retaguardia. Y luego añade: «Al fin y al cabo, se salvó la vida, y el mundo sabrá quien es Stanley.»

AHI ESTAN ESOS

Como han vivido! En la holganza placentera y sucia. Deños de síg mismos, libres y sin cuidados. Porque para ellos, cuando tienen familia, ésta no les quita el sueño. Ni se ven obligados a vestir a los chiquitines, ni a calzarlos, ni a proporcionarles alimento, ni a cuidar de su educación y del cultivo de su inteligencia. Desde el momento en que nace uno de ellos, sus padres le declaran libre. Y si se las busca como puede, y se proporciona lo necesario para la vida. Nace vestido, con terno natural de lanilla de color de ceniza, corte especial, como dicen los sastres, de última moda. Pantalon, cazadora con una borla en la parte del dorso, y gorro también con borlas, imitando orejas. Algunos de esos se malogran, ó los malogran, en la infancia. Otros llegan a la edad viril, y son el encanto de sus concidanos. Los hombres les halagan y las damas les acarician y sus razones. Viven en el gozo de la felicidad, y sin temer a mudanzas políticas ni a crisis económicas, ni a decadencias literarias ni artísticas. No se cuidan sino de su propia prosperidad. Generalmente habitan en casas de campo, y cuando menos, les procuran pasadas por el campo, algo puro, distracciones honestas y sereno durante la noche, cuidados paternales. De su instrucción, nada se cuida. Para ellos no hay enseñanzas obligatorias. Saben cuanto han menester para vivir. Dónde está la comida, donde el agua, donde el mullido lecho. Conocen a sus enemigos y procuran exterminarlos. Desprecian las caricias y las atenciones de los muchachos, las borlas de las personas mayores y aun las intemperancias de los perros, en tanto cuanto no llegán a lastimarlos. ¿Por qué será su credo político? ¿Por qué cada partido los califica de enemigos. No se en val estarán aliados. De su vida de esos es muy corta. Es caso muy raro que sucumban a consecuencia de enfermedad, salvo en épocas de epidemia. Mueren a mano airada. Es el signo de su raza. La envidia, tal vez, la crueldad, los espíritus desordenados, ocasionan la muerte de cada feliz y arrinan el brazo del matador. Su muerte, lejos de ser llorada, es motivo de regocijo para cuantas personas tuvieron el espíritu de detestarlo. Y en los pueblos donde residen, los tratan las personas principales, las más importantes. El alcalde los acaricia con la vara. El juez, si lo hay, los sonríe como a pocos compañeros al encontrarlos al paso. El médico los mira como a clientes de pago. Y hasta el cura les da palmaditas y ve con fruición los adelantos de cada uno de ellos. —Ese jaro es hermoso —dice— y aquel otro... Y si son de su propiedad, piensa en bendecirlos para que no los haga mal de ojo cualquiera bruja del pueblo, y Dios se lo perdone. Y Felipe Segundo allá en la tumba, el silencio eterno mudó testigo de las pompas mundanas; y sordo a la verdad y a la lisonja, ni oye el ronco clamor de las campanas ni el tronar del cañón en la ancha lonja. Como escribió el duque de Frias, de la muerte del Rey Prudente. Con este motivo se recordará que la primera vez que se sacó una culebra en el teatro, fue en otra Cleopatra, la de Marmontel. Pero no era de carne, sino mecánica, y la construyó el famosísimo Vaucanson para la Clairon, que describe hacer con mucho realismo la escena de la picadura de aspíd. ¿Qué diferencia de entonces a nuestro tiempo! En el Monte de Piedad de París hay un paraguas que es un misterio. Lo empujó en 1801 un señor viejo que desde entonces ha venido pagando los intereses y renovando el empeño todos los años con escrupulosidad religiosa. Noticioso de hecho tan raro, un escéntrico, de los muchos que hay en una ciudad tan grande como París, macizó un día recado al dueño del paraguas, ofreciendo desempeñárselo. El viejo rechazó indignado el ofrecimiento, y continuó pagando intereses. El empujador del Brasil distrae con la literatura sus ojos de monarca destronado. En la última sesión de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes de París se ha dado lectura a un opusculo muy hecho con sentencias hebraicas, árabes, sanscritas y persas sobre la cultura intelectual. Las cosas se van poniendo feas para Stanley. Después de las denuncias gravísimas de que ha sido objeto por parte del hermano de Bartelot, el segundo de Stanley, que murió acorralado en el centro de Africa, sale ahora el capitán Troup, otro de los tenientes de Stanley, acusado a éste de ser el culpable de la muerte de Bartelot y de centenares de personas más. Troup dice que, cuando de Bartelot, abandonó Stanley a la retaguardia que mandaba su rival, y con pretexto de que lo principal eran las municiones, la dejó materialmente sin viveres y sin medicina. A esto se debió el fracaso de la retaguardia y la muerte de Bartelot, pues según Troup, hambrientos y falta de medicinas 100 hombres, y los motines de los negros propios y los ataques de los enemigos, eran diarios. A la retaguardia de la expedición no le dejó Stanley más que arroz y judías podridas, galleta agusanada y un poco de pescado seco, todo ello en cantidad que apenas bastaba para dar cuartos de ración. Troup, terminando sus revelaciones contando que el mismo estuvo enfermo de gravedad una porción de semanas, y que en el certificado que le dió el médico y que obra en su poder, consta que no había medicamentos en la retaguardia. Y luego añade: «Al fin y al cabo, se salvó la vida, y el mundo sabrá quien es Stanley.»

NUESTROS TELEGRAMAS

La estudiantina «El Figaro» (de nuestro servicio particular) Madrid 3 (8,15 h.) La estudiantina El Figaro, llegada a Burdeos hace algunos días, ha debutado en el teatro de Burdeos. Los músicos españoles han alcanzado el más franco, vivo y legítimo éxito, especialmente después de la ejecución de la Marcha Curca. La sala estaba absolutamente llena de espectadores, los cuales, conmovidos, entusiasmados, no han cesado de prodigar a la estudiantina española elogios y bravos. Los músicos tuvieron que añadir a su programa dos piezas más, cuyos últimos acordes hicieron prorrumbar al público en una oración calorosísima. Orom. Manifestación patriótica. (de nuestro servicio particular) Burdeos 3 (8,15 h.) El día de Todos los Santos ha habido aquí una manifestación imponente. Por la mañana las calles de la vasta nerópolis, desde que se abrieron las puertas, se vieron invadidas por multitud de personas de todas las clases sociales, que iban a depositar sobre las tumbas coronas y flores. A las nueve menos cuarto llegaron, procedidos de bandas militares, las diez sociedades bordelesas, afiliadas a la federación de las sociedades de gimnástica. Habíanse reunido en el patio de las Casas Consistoriales, y después de tomar la bandera de la federación, depositada en el Atrio, se pusieron en marcha, para ir a manifestar ante el monumento erigido a la memoria de los soldados que murieron en 1870-71, en defensa de la patria. Como todos los años, los jóvenes llevaban una gigantesca corona de siemprevivas, que fué depositada al pie del monumento.